

con muros de manpostería; y las obras de terracería han continuado hasta Silao.

1882.—15 de Setiembre.

Se instala el décimo Congreso Constitucional del Estado.

1882.—25 de Setiembre.

Los tubos de fierro para la conduccion del agua potable, que solo llegaban hasta la caja repartidora de San Sebastian, siguen colocándose rumbo al centro de la ciudad, en sustitucion de la antigua cañería de plomo.

1882.—Setiembre.

En los últimos dias de este mes comienza á verse un hermoso cometa.

1882.—10 de Octubre.

Los rieles que vienen tendiéndose de Silao para esta Capital, llegan al rancho del Capulin.

1882.—16 de Octubre.

Comienza á construirse la estacion del ferrocarril, un poco adelante del Cantador, en un amplio terreno baldio que existia en aquel sitio. Se trabaja en el edificio con la mas extraordinaria rapidez.

Tambien se da principio en estos dias á la gran fábrica de la estacion del vapor en el punto de Tenería.

1882.—19 de Octubre.

Queda armado el magnífico puente de fierro, que atraviesa el rio de Santa Ana, cerca del antiguo de piedra por donde pasa el camino carretero.

1882.—21 de Octubre.

Llega por primera vez á Marfil una locomotora: una inmensa concurrencia va á presenciar esta llegada, con el mas crecido entusiasmo.

1882.—1° de Noviembre.

El Banco Nacional queda establecido en esta ciudad.

1882.—3 de Noviembre.

Los rieles de la tranvia quedan colocados desde la estacion del vapor en Tenería, hasta la alameda del Cantador. Seis dias despues llegan los primeros wagoes y comienzan á hacer viajes, aunque no todavia para el servicio público.

1882.—6 de Noviembre.

El Lic. D. Joaquin Chico sustituye al de igual clase D. Manuel Muñoz Ledo en el gobierno del Estado, del cual el segundo se separa temporalmente por causa de enfermedad.

1882.—15 de Noviembre.

La cañería de fierro para el agua potable llega en esta fecha al jardin de la Union, extendiéndose luego por toda la ciudad.

1882.—21 de Noviembre.

Se inaugura en Guanajuato el Ferrocarril Central mexicano, con la mas espléndida solemnidad y en medio del mas crecido entusiasmo.

Se anunció la gran fiesta con la debida oportunidad, y puede decirse sin exageracion, que cada guanajuatense se preparó desde luego á solemnizarla de la manera

que le fué posible. Todo el prolongado trayecto que existe desde el Jardín de la Unión hasta la estación del vapor en Tenería, se adornó con la mas singular esplendidez, y se llenó materialmente de millares y millares de personas, que ansiosas esperaban la llegada de la locomotora.

Esta salió de México á las seis de la mañana, fué la marcada con el núm. 35, Conductor P. Dillov, Maquinista M. Eali; y llegó al anochecer al término de su viaje, trayendo consigo á tres Ministros de estado, á otros tantos gobernadores, á cuatro Plenipotenciarios extranjeros, á los generales Berriozábal, Couttolenne, Treviño Baranda, Ceballos, Gayon y Rocha, á los miembros mas caracterizados de la prensa, á gran número de Diputados y Senadores, á otros muchos caballeros y á varias familias distinguidas de la Capital de la República.

Al anunciarse la inauguracion, la Junta directiva acordó y publicó el programa que insertamos á continuacion.

La Junta Directiva encargada de organizar las festividades con que el gobierno del Estado y el Ayuntamiento Constitucional, celebrarán la inauguracion del Ferrocarril Central en el tramo que une á esta ciudad con la via Troncal, ha acordado el siguiente

PROGRAMA.

DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1882.

1º A las seis de la mañana se izará, en todos los edificios públicos, el Pabellon Nacional que será saludado por un repique á vuelo, mientras que la música y Banda del primer Batallon del Estado recorrerán las principales calles de la ciudad.

2º A las cuatro de la tarde saldrá del Palacio el C. Gobernador del Estado, acompañado del Ayuntamiento, de los empleados del Gobierno y de la Federacion

y de las personas invitadas, para dirigirse á la Estación del Ferrocarril, situada en Marfil, y allí esperará á la Comitiva Oficial que á su arribo será saludada por una descarga de 21 cañonazos, al mismo tiempo que se quemarán fuegos artificiales en uno de los cerros inmediatos.

3º Terminados los fuegos artificiales se pondrá en marcha la Comitiva para el Jardín del Cantador, en donde será recibida por una comision que conducirá á las personas que formen aquella, á sus respectivos alojamientos. Dicho Jardín estará competentemente adornado así como todo el trayecto de la calzada de Marfil.

4º En la misma noche se iluminará la ciudad y con preferencia el paseo del Cantador y el Jardín de la Unión, situándose en el primero de estos puntos la Banda Militar y en el segundo una música de cuerda, tocando ambas hasta las once. A las diez se quemarán fuegos artificiales en la Plaza Mayor y en el Jardín del Cantador.

Dia 22.

5º La Comitiva y las personas invitadas al efecto, serán obsequiadas con un almuerzo en el Colegio del Estado, y á las nueve de la noche tendrá verificativo en el Palacio del Gobierno un baile oficial.

Dia 23.

6º A las tres y media de la tarde se efectuará en la Plaza de Marfil una corrida de toros de aficionados.

7º A las ocho de la noche se situará en el Jardín de la Unión, que estará iluminado convenientemente, la música militar y una de cuerda que alternándose tocarán hasta las once.

La Junta Directiva invita al comercio para que cierre sus establecimientos en los dias y horas que sea necesario, á fin de que las fiestas tengan el mayor luci-

miento posible y al vecindario en general para que adorne é ilumine las fachadas de sus casas la noche del 21.

Guanajuato, 14 de Noviembre de 1882.—*Joaquín Chico.*—*Francisco de P. Castañeda.*—*José Mena.*—*Pío R. Alatorre.*—*Juan Togno.*

Este programa no solamente se cumplió en todas sus partes, sino que se excedió en varias de ellas. Nosotros llamamos considerándonos impotentes para hacer la descripción de los pormenores de tan espléndida festividad; y dejamos la palabra al «Monitor Republicano» periódico de la Capital de la República, que se expresa en los términos siguientes.

«La fiesta principal de la semana, ha sido la inauguración del ferrocarril de Guanajuato. Mis lectoras me permitirán que principie recordando ese acontecimiento, que siempre bueno es salir de México, para divertirse con lo verde del camino.

A las seis de la mañana del martes último, más de cien viajeros se embarcaron en la estación del Ferrocarril Central, alegres y gozosos, porque presentían que les esperaba una gran fiesta. Entre aquella turba de *ulster* de lino, entre aquellos viajeros vestidos de fantasía, percibíanse algunos sombreritos adornados de flores, algunas distinguidas damas de nuestra sociedad que iban á saludar á la ciudad de las minas. Eran las representantes de la belleza y la elegancia mexicana; era el perfume que la gran capital enviaba á Guanajuato para felicitarla en el día de su gran fiesta.

Las lindas viajeras, con sus largos *paletots*, sus velos de raso maravilloso, ajustados á sus capotas, también iban alegres, decididas, como Livingstone, cuando se preparaba á hollar las tierras de fuego en la Africa, la tierra del porvenir.

Partió el tren y la locomotora, en su raudo vuelo, solo se detuvo en la estación de San Juan del Río, á donde toda la población vestida de gala salió á dar la bienve-

nida á los que primero tenían el honor de llegar en alas del vapor á la pintoresca ciudad de la plata.

Breve fué el almuerzo, pero opíparo, ningún brindis turbó la alegría de aquella agapa del progreso; refrigerados todos con las succulentas viandas y los delicados caldos, de nuevo subieron al tren para dejarse arrebatados por esa águila de hierro y fuego que se llama la locomotora.

Ibamos dejando atrás pueblos, villorios y ciudades. El camino que es monótono, se extiende al través de inmensas llanuras, las más de ellas estériles; de vez en cuando un campanario, un caserío allá á lo lejos, nos indica la morada ignota de algunos desterrados que viven lejos del bullicio del mundo, tal vez más dichosos que nosotros, en aquellos rincones, en aquellas abras de las montañas, en aquellos recodos de los valles en donde solo un eco perdido llega de las tempestades que rugen entre nosotros, los que andamos en el torbellino social.

Vimos por un momento la ciudad de Querétaro con sus mil Iglesias y su histórico cerro de las Campanas, que se alza tímidamente en la llanura como refiriendo al viajero el drama que allí se verificó un día para reivindicación de un pueblo. Cruzamos frente á Celaya, distinguimos á lo lejos los macizos muros de la Penitenciaría de Salamanca, llegamos á Irapuato y después á Silao, en donde la vía troncal se bifurca, extendiendo hácia Guanajuato un nuevo ramal.

De Silao á Guanajuato cruza la locomotora á orillas de un abismo algo parecido al tajo de Nochistongo; el camino es algo accidentado y *necesita reformarse porque está ligeramente construido* y termina en Marfil, pueblecillo distante una legua de Guanajuato.

Al llegar á ese punto el tren, dió principio la fiesta, la gran fiesta del progreso y de la civilización; allí escuchamos el primero y delirante grito de regocijo, que

lanzaba un pueblo ébrio de entusiasmo al saludar á la mensajera de la prosperidad.

Eran las seis y media de la tarde, habia anochecido por completo, la luna brillaba espléndida en el cielo, dejando percibir allá á lo léjos los cerros imponentes cuya plata y cuyo oro han inundado al mundo.

¡Hermosa era la decoracion que se ofrecia ante nuestra vista, un hormiguero, una compacta, una incontable muchedumbre esperaba al tren y al oír el último resoplido del vapor, un ¡viva! inmenso, delirante, atronador, conmovió las montañas desde las que contestaron las voces de fuego de los cañones que recibían al tren con los honores reales, haciendo la salva que ántes saludaba á las testas coronadas, que hoy es el homenaje que el hombre rinde al dios del siglo, al vapor símbolo del progreso.

No es exageracion decir, que más de cincuenta mil personas rodeaban al tren, contestando á cada silbido del vapor, con un aplauso atronador, magnífico, que terminaba con un grito entonado en gigantesco coro:

¡Viva Mexico!

¡Viva Guanajuato!

* * *
¿Quién no se conmueve al ver á un pueblo así, á un pueblo que como el sediento al agua, ha esperado largos siglos el toque de resurreccion y que al oírlo se levanta, se aspereza y sonríe dirigiendo su mirada al cielo del porvenir.?

En la estacion de Marfil habia carruajes, ginetes, tropas, gente de á pié en colosales grupos; los cerros estaban iluminados, parecían una escala de luz de entre la que salían los chorros de mil colores de los fuegos artificiales.

¡Cuánta alegría, qué indescriptible regocijo! solo ese alborozo honra y enaltece á un pueblo, porque indica que comprende todo lo grande, todo lo trascendental de la mejora que acaba de conquistar!

Allí se detiene la locomotora, porque hasta llegar á Guanajuato sigue un camino accidentado, lleno de curvas y transitado por los trabajadores y los carros de las haciendas de beneficio, que harian dificultoso el paso de la máquina con sus pesados trenes.

Este es al ménos *el pretexto que da la empresa para faltar á un compromiso que se impuso. El camino de Marfil está mal construido;* no obstante ser de traccion animal, puede suceder allí una desgracia el dia ménos pensado.

Los viajeros tomaron las tranvías, pero imposible que avanzaran, era la multitud tan compacta que apenas dejaba marchar lentamente los wagones.

El espectáculo era magnífico, todo el camino en la extension de una legua, estaba adornado de globos de colores, de arcos, de vasos con luces rojas y verdes, las haciendas de beneficio, que se alzan en las sinuosidades de la montaña, estaban iluminadas, pero de una manera espléndida; son grandes edificios de caprichosa construccion; unas, allá en la cima de los cerros; otras recostadas en la falda; otras casi suspendidas en el aire; todas ellas, estaban cruzadas por fajas de luz, hacían la ilusion de grandes fortalezas con sus torres y sus almenas ya salpicadas de puntos luminosos, ya ceñidas por cintas de fuego. Las casitas del pueblo todas, absolutamente todas, se veían iluminadas con notable profusion, esas casitas incrustadas entre las rocas, colgadas sobre el rio, inclinadas sobre el camino, tiradas como al acaso en las grutas de la montaña tenían delante grupos de gente, de barreteros en su mayor parte, vestidos de fiesta que saludaban con aplausos y vivas á los trenes que á duras penas avanzaban entre la muchedumbre compactísima que invadía el camino.

Caprichoso, fantástico es aquel pueblecillo, mas caprichoso y mas fantástico lo hacia la luna iluminándole con su argentada luz, las sombras de las rocas, proyectándose en fantásticas figuras, los cerros alzándose rígidos,

negros, como gigantes de granito á quienes despierta de su sueño la luz y el ruido, de un pueblo á quien enloquece la esperanza.

Por fin, llegamos á la alameda de Guanajuato, al Cantador, como le llaman; allí nos esperaba otra sorpresa, los globos de colores se reproducian por miriadas, en infinito número, colgados en cortinajes inmensos sobre las fuentes, se reproducian en sus cristalinas aguas, estendidos en festones entre los árboles, alineados en largas cintas; por todas partes veíamos luces y más luces; jamás, digámoslo sin exagerar, hemos contemplado una iluminacion mas profusa, cualquiera; creeria que las luces brotaban de la tierra, que saltaban entre las flores de los prados, que iban á esconderse entre el follage de los árboles, que huian, que se acercaban como luciérnagas de mil colores.

La poblacion de Guanajuato toda estaba allí, los viajeros descendieron de las tranvías y siguieron á pié aventurándose por las calles de la ciudad. La magnífica iluminacion seguia venciendo por todas partes las tinieblas de la noche, no habia casa grande ó pequeña que no tuviese un arco de colores á la puerta, los edificios públicos rivalizaban en el buen gusto de su iluminacion y sus adornos, las banquetas estaban intransitables, tan llenas de gente como nuestras grandes avenidas en los dias de fiesta nacional.

Aquella ciudad es la única en su género en la República, es una ciudad caprichosa, fantástica, indescriptible: tomad un pliego de papel, arrugadlo fuertemente entre las manos, dejadlo caer, ese es Guanajuato, esa es la rica poblacion que vive recostada en montañas de plata, entre vetas de mármol rojo y verde, entre filones riquísimos de oro, esa es la ciudad que ha hecho resonar por el mundo entero los nombres de "Valenciana," "La Luz," "Rayas," "El Nopal;" esa es la ciudad que vive sobre subterráneos, en donde el pico del mi-

nero arranca á la tierra hace luengos siglos, el metal que avara guardara en sus entrañas.

Las calles son largas pendientes con rampas ó escalones, allí no se anda, se escalan las alturas; hay casas ó edificios que tienen el jardin en la azotea como en Babilonia; una ventana á nivel del suelo nos deja ver un patio, y un cobertizo á grande altura, nos revela que aquella casa tiene la caballeriza en el tercer piso. Algunas veces en las calles se ven las gentes como en el aire, parece imposible que anden ahí, entre las rocas, como pudieran andar en nuestras planas calles; el panorama de la ciudad es bellissimo, es un nacimiento en grande escala, las casas unas sobre otras, bajan de la montaña como si la mano de un titan las hubiese despeñado, como si brotaran de una erupcion volcánica, ó como si un trastorno geológico las hubiera arrojado ahí, en las hoquedades de los cerros.

Hay edificios bellísimos, contruidos de una hermosa cantera que pulida puede aventajar al más jaspeado mármol.

Guanajuato guarda en su seno una reliquia histórica, el castillo famoso de Granaditas, ese palacio sombrío que conserva aún en su fachada la huella de aquel asedio que la historia consigna como uno de los hechos que honran y enaltecen al pueblo mexicano, en la más santa, en la mas hermosa de sus convulsiones políticas, en su guerra de independencia. Hoy el castillo de Granaditas es la cárcel de la ciudad, en su fachada se ven todavía las señales de las pedradas de los insurgentes y en los cuatro ángulos, las escarpas de fierro en donde los defensores del castillo colgaron las cabezas de los jefes de la insurreccion. Falta allí una lápida conmemoratoria que enseñe al transeunte el sitio de las azañas del intrépido Pípila, el barretero que con una losa á cuestras llegó hasta la puerta de la fortaleza desafiando la tempestad de plomo que le enviaban los realistas.

Guanajuato tiene tambien un rincon digno de las

perspectivas de las montañas helvéticas. Se llama el paseo de la Presa y es el sitio de recreo de las familias acomodadas de la gran ciudad. Nosotros solo hemos entrevisto la presa; pasábamos por ahí al caer la tarde, la luna iluminaba entónces el más agreste paraje que puede concebirse; alzábanse los cerros magestuosos dejando ver en la cañada que forman una pequeña laguna sobre la que rielaban los rayos del astro de la noche; más allá se extiende la gran presa, otro lago de mansas aguas, en cuyos bordes crecen frondosos árboles que dan sombra á pintorescas quintas.

Para llegar hasta allí es preciso pasar por una prolongada calle cercada en ambos lados por jardines, por villas de campo de caprichosa arquitectura: por aquí vemos una casita imitando las queseras de la Suiza; mas allá una arquería greco-romana, da entrada á otra casa, cuyos árboles se divisan á la distancia; acullá una columnata de mármol rojo detras de rejas de hierro se retrata en un estanque surcado por blancos ánades; todos esos risueños edificios construidos sobre la falda y en las vertientes del cerro, acusan la riqueza de sus dueños; son los hermosos paraísos en donde los ricos homes de la ciudad de la plata se retiran á soñar en las bonanzas de sus minas.

*
**
La hospitalidad que ha dado Guanajuato á los que primero llegaron por la locomotora á visitar la bella ciudad, ha sido espléndida, verdaderamente espléndida; los viajeros fueron alojados unos en casas particulares, otros en el colegio del Estado, uno de los más hermosos edificios en su género; otros en el hotel Suizo, pero previniendo todos los deseos, todas las necesidades de los más exigentes.

La poblacion estuvo engalanada, cerradas las puertas de comercio, izados los pabellones en los edificios públicos, adornadas las fachadas, las calles concurridísimas, rebosando de gente.

El miércoles la comitiva fué invitada á un banquete que tuvo lugar en el Colegio del Estado, en el patio del edificio, á donde se sube por tres amplias y cómodas escaleras. Más de ciento cincuenta personas se reunieron en torno de la gran mesa para saborear un *menú* digno de Lúculo, digno de los encomios de Brillart Savarin; allí se pronunciaron entusiastas brindis, unos buenos, otros ménos que medianos; entre los primeros fué estrepitosamente aplaudida una elegante improvisacion del Sr. Joaquin Obregon Gonzalez, y otra de Alfredo Chavero: entre los segundos.....callemos.....que las mejores fiestas tienen esos claro-oscuros que suelen indigestar los mas sabrosos y succulentos platillos.

Si fuera posible un banquete sin la prosa insoportable de los brindis, ¡qué felicidad!

La mayor cordialidad, la más franca alegría, reinaba en aquella mesa, de la que los invitados se levantaron ya bien entrada la tarde.

* *

Pero lo mejor de las fiestas ha sido sin duda, el baile que el Gobierno del Estado y el Ayuntamiento, dieron en el palacio la noche del miércoles.

Habiamos visto la ciudad más pintoresca de la República, habiamos admirado sus bellas perspectivas, nos faltaba lo mejor: conocer las beldades de Guanajuato, apreciar su grado de cultura por la belleza y elegancia de sus simpáticas señoras.

Tuvo el baile lugar en la casa que sirve de palacio al Gobierno del Estado, que no es por cierto muy espaciosa, ni muy á propósito para una gran *soirée*. La escalera estaba adornada con flores, lámparas, espejos; un rojo tapiz sembrado de puntos dorados, cubria los escalones; á un lado se alzaba una pequeña locomotora con su linterna encendida y haciendo vapor en sus calderas; las paredes desaparecian detras de verdes cortinas de vegetacion, salpicadas de flores naturales; en el descanso un gigantesco espejo reproducia la graciosa